

LA PSICOLOGÍA DE BROWN

*“Espora: hoy tendremos un día glorioso
si todos los nuestros cumplen su deber,
como espero lo hará este buque...”
“Es preferible irse a pique antes que
arriar el pabellón.”*

Quilmes, 1826

ALFIO A. PUGLISI

El profesor Alfio A. Puglisi es maestro normal nacional, egresado de la Escuela Normal Mariano Acosta; profesor en Filosofía y Pedagogía, Instituto Nacional Superior del Profesorado Joaquín V. González; licenciado en Metodología de la Investigación, Universidad de Belgrano y doctor en Psicología, Universidad John F. Kennedy.

Ha ejercido la docencia prácticamente en los tres niveles de enseñanza. Es actualmente profesor y jefe del Gabinete Psicopedagógico de la Escuela Naval Militar.

Obtuvo el premio Domingo F. Sarmiento, otorgado por el Centro Naval por su trabajo "Balance y perspectiva de la Escuela Naval", publicado en nuestro número 745 (bienio 1986/1987).



BCN

Número 805

Mayo/diciembre de 2002

Recibido: 28.3.2001

“Agradezco mucho a Ud. y al pueblo de Buenos Aires el buen concepto que les merezco, sea cual fuere el resultado de la empresa. Sin embargo, puedo asegurar al país entero, que tomé cartas en ella con la firme resolución de vencer y de esta manera poner término a una guerra inútil. Y a pesar de la tunda que ha recibido la Hércules, estoy resuelto a no volver a puerto antes de haber dado un golpe mortal a Montevideo”.

22 de marzo de 1814. Carta a Larrea

*“Fuego rasante
que el pueblo
nos contempla.”*

Los Pozos, 1826



ada pueblo posee en su inconsciente co-lectivo un arquetipo del santo, del héroe y del genio. En la primera mitad del siglo XIX el pueblo de Buenos Aires encontró, sin duda alguna, a su héroe en la persona del Almirante Guillermo Brown. Nadie mejor que él, representó a su espada en el río y en el mar, a su defensor en los numerosos sitios a la que fue sometida y a su aventurero en el corso y en vastas acciones colmadas de osadía. Por sí mismo *“valía para nosotros una flota”*, sentenció el general Bartolomé Mitre.

San Martín ha sido llamado “Santo de la espada” por R. Rojas; Brown, a quien también podría caberle ese sayo, encarna al héroe y gozó, acaso de mayor popularidad que aquél, quien nunca se afincó en Buenos Aires, por organizar sus luchas en Cuyo y por permanecer luego autoexiliado en Europa. De Brown se imprimieron estampas que pronto se agotaron, se lo colmó de obsequios y cenas, títulos y honores, se cantaron loas, cuando desembarcaba una multitud lo esperaba, alguna vez lo llevaron en andas y tiraron de su carruaje hasta su casa. Manuelita Rosas lo esperaba al desembarcar o lo visitaba a bordo y su padre lo respetó más que a cualquier otro hombre de armas intentando complacerlo siempre. Una vez depuesto éste, los vencedores no tomaron revancha alguna sobre él pese a haber comandado la flota de la Confederación que sitió Montevideo.

Como en todo héroe hay algo de misterioso en él sus años iniciales son oscuros, lo que robustece el mito. Últimos hallazgos desmienten la versión del huérfano abandonado en Filadelfia —su padre está enterrado en Irlanda—, proveyó a su educación a juzgar por su caligrafía, y por papeles de familia se sabe que de Guardiamarina al servicio de la corona pasó a la marina mercante, surcando las Antillas y las costas de Sudamérica, habiendo estado presente en las jornadas de Mayo y tal vez en las Invasiones Inglesas.

Pero lo más atrayente de todo héroe es su compleja personalidad, que da origen a tantas biografías y ensayos, a tantos enigmas y a tantas especulaciones (1).

(1)

Sigo en lo esencial las conocidas obras de H. R. Ratto y P. E. Arguinguy/H. Rodríguez que se complementan maravillosamente. También las de T. Caillet-Bois sobre historia naval y sobre los marinos durante la dictadura. He leído a A. J. Carranza, T. E. Guido, V. F. López y Ramos Mejía.

La psicología de Brown

Irlandés, hombre de fe y de convicciones profundas, hombre de empresa, organizador, decidido, su Norte es la obra por hacer y su causa el pabellón que enarbola. J. T. Guido dijo que él *“carecía de calma filosófica”* y que *“su sangre era fácilmente inflamable”*. Vemos en él al pasional-colérico de Le Senne (2).

(2)

Tratado de Caracterología. Bs. As., El Ateneo, 1953. Véase también A. Bianchi: Guía para el ejercicio del mando naval. Bs. As., Publicaciones Navales, 1990.

Emotivo, activo, se comporta ora como “secundario” por la persistencia en los esfuerzos, ora “primario” de reacciones rápidas La flema marinera no le cabe, es hombre de acción, valiente, osado, por momentos temerario: Callao, Guayaquil, la Colonia.

Es un rasgo permanente su impaciencia ante la inacción. Apresado durante las guerras napoleónicas, el capitán S. Ellison, compañero de celda, lo recuerda:

“sentado en una mesa en una punta del cuarto, golpeando sus talones, era la real personificación del desaliento...”

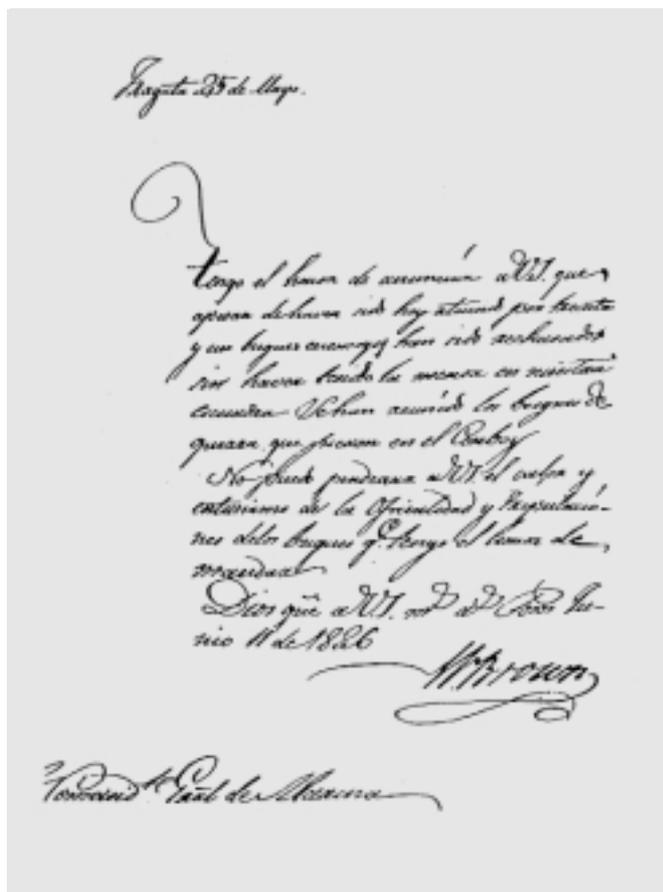
Se escapó dos veces, en la última cargó sobre sus espaldas al coronel inglés Clutchwell, cruzó las Ardenas y el Rhin para refugiarse en Alemania y volver luego a Inglaterra (3).

Esa misma impaciencia lo llevó a no esperar mucho el papeleo ni soportar contraórdenes del Directorio; se hizo sin más a la mar en 1815, para dedicarse al corso sobre el Pacífico (4).

Era también muy ejecutivo y de decisiones rápidas; las tres veces que le tocó improvisar una escuadra, en poco tiempo izó pabellón, dispuso las primeras medidas administrativas y soltó amarras.

“Prefiero confiar el mando a un marinero antes que a un cobarde”.

30 de marzo de 1814
Carta a Larrea



Parte del combate de Los Pozos. La caligrafía del almirante Brown muestra cierta elegancia y, en modo alguno, demuestra ser un hombre de primeras letras.

De firme determinación, atacó siempre aun en condición desfavorable o en inferioridad numérica. En Guayaquil nadó para alcanzar otro buque en un río infectado de caimanes; luego, tea en mano amenazó al enemigo con volar la santabárbara mientras en las cubiertas superiores cundía la carnicería y el pillaje (5). El 3 de agosto de 1841 frente a Santa Lucía, combatió ante cinco buques enemigos y sin el auxilio de sus subordinados que lo dejaron solo, como en Quilmes. Tenía accesos pasajeros de enojo e ira (6).

No cabe la menor duda de que ejerció el liderazgo sobre la gente del río y la marinería, en su mayoría como él extranjera, que lo respetó y siguió en numerosos combates, sin amedrentarse y sin generar amotinamientos. Antes de su nombramiento como Jefe de la Escuadra ya ha-

(3)

Véase la obra de Arguindeguy, cap.1.

(4)

Al fin de cuentas también San Martín desobedeció al Directorio pues no usó sus fuerzas para intervenir en favor de Buenos Aires. La idea original era una operación conjunta entre ambos. San Martín se vio demorado en el intento de cruce de los Andes y Brown se anticipó realizando además una guerra psicológica en el Pacífico. Hubo también algún problema económico pues el Almirante se quejó de las intrigas de M. Obligado, Secretario de Hacienda, y partió diciendo: "...estoy contento de dejar un lugar donde veo a los hombres honestos despreciados y a los pícaros favorecidos...". Parece hoy.

(5)

Brown perdió todo y en el momento de rendirse se presentó con altivez pero cubriéndose del pecho para abajo con la bandera de su buque. Al ser liberado la llevaba colgada del brazo.

(6)

En Quilmes, ante su inferioridad numérica (22 a 8) dió como consigna: "Es preferible irse a pique antes de arriar el pabellón", aun así combatió apoyado sólo por la goleta Río de Rosales, los otros le abandonaron. Al tener su 25 de Mayo muy averiada y estando herido tanto él como su segundo Espora, se trasladó al bergatín República que rato después se le acercó. Relevó inmediatamente a su comandante N. Clark diciéndole: "Lamento verlo con nuestro uniforme tanto como al frente de este buque. Retírese de mi presencia, no reconozco más valientes que Brown, Espora y Rosales". Histórico combate en el que pelearon nuestros tres héroes máximos codo a codo. Después del primer encuentro había hecho lo mismo con J. B. Azopardo y M. J. Warnes.

(7)

El botín de guerra obtenido con la caída de Montevideo fue inmenso y sirvió a la Nación hasta la guerra contra el Imperio. Aun así, por razones económicas, se licenció buena parte de las tripulaciones. Un año después Brown advertía que algunos Oficiales "por la miseria y desnudez a que están reducidos no pueden presentarse aún a actos de servicio".

(8)

Juan Larrea y Pío White quebraron económicamente y terminaron suicidándose. Posadas murió olvidado. Véase Arguindeguy.

bía adquirido prestigio hostigando a los españoles y capturando por su cuenta una embarcación que le molestaba en su tráfico comercial con la Banda Oriental.

No sólo ejerció el liderazgo sino que lo hizo valer ante B. F. Seaver, su contrincante para obtener la jefatura de la primera escuadra. En los conflictos subsiguientes la gente consideró su nombramiento para el cargo como algo natural.

Producido el éxito de Montevideo solicitó su baja, que no fue aceptada, para retomar sus actividades comerciales con la otra orilla y generar más enemistades, ¡había combatido contra sus socios! Aun así no se desligó de la suerte de quienes estuvieron bajo su mando, —el liderazgo es siempre un liderazgo moral— y acompañó a sus capitanes a reclamar los haberes devengados ante Larrea, Pío White y el mismo Posadas (7). Se echó entonces en contra lo más granado de la burocracia del Directorio; ayer como hoy, quienes manejan lo económico se muestran insensibles a lo militar. Por ese acto Posadas lo tildó de "Don Quijote" y con Larrea maquinaron separarlo del cargo. Los tres eran socios comerciales (8).

Si el liderazgo es ejemplo, siempre lo demostró. Desembarcó él mismo en Martín García. Herido en Montevideo siguió el combate desde la toldilla de la *Hércules* sentado en una silla. Volvió a estar entre los heridos de Monte Santiago, donde murió su futuro yerno Drummnod y perdió un brazo Granville.

Consciente de que todo acto de conducción es un acto de educación, no bien recibió una bandera como premio por el éxito de Los Pozos, concurrió al Colegio de Ciencias Morales (hoy Nacional de Buenos Aires) para mostrarla a sus alumnos y motivar sus estudios.

"...recomiendo sinceramente sean tratados como prisioneros de guerra. El usar de represalias demostraría debilidad y el perdonar sería generosidad. La crueldad se vigoriza con actos de la misma naturaleza. A gente así hay que enseñarles mejor mediante el buen ejemplo y no con represalias".

19 de mayo de 1814. Carta a Larrea tras el triunfo de Montevideo

Era probada su capacidad profesional y marina; sus tácticas imitan las de Nelson, dominaba perfectamente la manera de maniobrar y actuar con buques a vela y conocía palmo a palmo el escenario del Plata. En 1826, de la Colonia, se escapó por un canal que sólo él conocía, poco antes lo había sondeado y lo balizó sobre la mar-

cha por medio de sus propias cañoneras. Era sumamente exigente y perfeccionista, casi siempre se quejó de sus capitanes y muy pocos demostraron estar a su altura. Gustaba de los jóvenes intrépidos, promovió a Espora y Rosales contra el Imperio y a ambos y a Cordeiro en Costa Brava. Pese a ser amigo de King, libró oficio contra él por sus malas maniobras que pusieron su buque al borde del abordaje. Y hasta mandó arrestado a su hijo Eduardo por no cumplir una guardia (9).

Fundador de la Armada, la comandó siempre librando las guerras de la Independencia y contra el Imperio, las más cruciales del siglo XIX; tenía una visión estratégica de por qué luchaba: la causa americana y el pabellón argentino. Tuvo una percepción clara de los acontecimientos y la consiguiente intuición del desenlace en Montevideo, Los Pozos, Juncal y Costa Brava. Conocía visceralmente al inglés y recelaba del francés que lo tuvo prisionero durante las guerras napoleónicas; era conciente de quiénes estaban tras los proscritos de Montevideo; imprimió a su estilo de conducción un carácter humanitario, de respeto por el adversario; por eso creemos hoy, a la distancia, que poseyó un liderazgo transformacional (10).

Por ciertas descripciones lo concebimos con ojos claros y brillantes, ligeramente alto y atlético (1,76 de altura), de buena resistencia física; jinete y caminador, cruzó la cordillera de los Andes por ambos medios y soportó caídas, fracturas (pierna y posteriormente cadera y costillas), fiebre tifoidea y meningitis, que entonces eran enfermedades muy serias. Estuvo 6 meses postrado en cama. Rengueó casi la mitad de su vida. Un mal estomacal le afectó al regreso de Barbados y Londres (certificado por C. Argerich) y algo similar durante el sitio de Montevideo en 1845, esto es considerado hoy un síntoma del estrés (11).

(9)

Espora era longilíneo, culto y de buena presencia, lo concebimos fleumático-pasional, activo y extrovertido, capaz de batirse a duelo por su honor y sus ideas, cosa que hizo con De Kay y con Rosales. Este último comenzó como despensero de la Trinidad, llegó a Coronel de Marina y terminó su vida como pulpero exiliado en Uruguay. Era de carácter extrovertido, gustaba de la polémica y las chanzas, que alguna vez mantuvo en pleno combate. Se han contrapuesto ambas figuras al extremo de exagerar la fisonomía del segundo para acentuar las diferencias. Ambos se subordinaron a Brown quien, como buen católico, evitó su duelo invitándolos a competir en la toma del Real San José durante el sitio de La Colonia. Espora era un federal "tibio" y Rosales unitario de toda la vida. Ambos representantes de la clase media porteña. F. Drummond en Monte Santiago quiso morir con la conciencia tranquila, le preguntó si había cumplido con su deber, tal el respeto y afecto que le tenían.

Su caligrafía testimonia que era hombre de cultura, gustó del teatro, asistió al salón de Mariquita mientras éste estuvo abierto. En el año 44 pidió a P. Ximeno, Capitán del Puerto, que junto con los abastecimientos le enviara un ejemplar del Quijote, “pues hace muchos años que no lo he (re)leído”. ¡Un clásico de la literatura española! Sus memorias, escritas a pedido del general Mitre poseen cierto laconismo y no contienen comentarios políticos.

“El honor nacional requiere un esfuerzo, el Jefe de la Escuadra debe hacer y hará su deber; si el éxito es favorable todo irá bien, pero si es desgraciado, suplico se salve mi nombre y el honor de mi familia...”

La Colonia, 4 de marzo de 1826

Tales son a mi criterio los principales rasgos psicológicos del Almirante Brown. Hemos hecho especial hincapié en su perfil normal porque es el que mejor define al hombre. Existe en la psicología actual cierto morboso engolosinamiento por lo patológico. S. Freud, fundador de la psicología moderna, tiene que ver mucho con esto; nunca se separó del modelo médico, acostaba a sus pacientes y creía que su trasfondo era enfermizo, de origen sexual. Hoy, además, está de moda cierto revisionismo histórico malsano, que buceando en el sumidero de la historia, se encarga de probar una doble vida en cada uno de nuestros héroes: sus enfermedades, sus amantes, sus hijos putativos. ¿A quién le importan las amantes de San Martín, Belgrano o Urquiza? De Brown, católico irlandés, de familia impecable, no pueden decir nada, queda su salud mental. Lo importante es lo que estos héroes hicieron y lo que nos legaron. Sus temperamentos obran más bien como un hándicap pese al cual se desempeñaron intachablemente en la función pública.

La psicopatología de Brown

El tema de la neurosis de Brown y sus intentos de suicidio ha generado una verdadera controversia. Algunos exageran las notas negativas al extremo de inventarlas; los apologistas las justifican disminuyendo su importancia y hasta las niegan. Hubo hechos reales que conviene examinar.

Lo primero que llama la atención es que esta tesis no viene del revisionismo sino de Vicente F. López y J. M. Ramos Mejía, médico, sociólogo y psicólogo; en todo caso el revisionismo se hizo contra la historia oficial de López. Ambos se basan en relatos y escritos de otros, no siempre fidedignos y, a veces, exagerados. Ramos Mejía como médico, ni trató al paciente (12). A. Cháneton, prologuista de la obra de Ratto, criticó el método médico-histórico consistente en hacer un diagnóstico a partir de hechos puntuales relacionándolos con cuadros clínicos que ofrecen ciertos autores. También lo hizo S. Freud con Leonardo y Goethe —el genio latino y el germánico—, y ambos quedaron malparados. Ramos Mejía no conoció a Freud, ni la concepción actual de neurosis, ni las de neurosis de guerra y estrés, capitales para comprender el tema.

Creo que hay otra objeción que han pasado por alto los diversos autores, es la objeción ideológica. López y Ramos Mejía son hijos de la Organización Nacional y adhirieron a su ideario antirrosista. Ambos son positivistas, López realizó la introducción a la obra de Ramos Mejía y J. Ingenieros el prólogo, casi un círculo hermético. El Almirante que había servido a la Confederación y comandado el bloqueo, no podía recibir un trato considerado; sin embargo sus coetáneos Mitre, Paz, Obligado y Vélez Sársfield fueron ecuanímenes.

Mi método consiste en utilizar comportamientos no puntuales sino reiterados por el Almirante en los tres conflictos en los que le tocó actuar y en su vida privada. En la actualidad se sostiene que la patología se va construyendo por cada sujeto a lo largo de la vida sobre la base de ciertas disposiciones temperamentales. La tarea terapéutica radica en la deconstrucción resultante de un encuentro entre analista y paciente. Tenemos suerte, hoy podemos realizar esa tarea con ideas y herramientas mucho más avanzadas que las de Ramos Mejía; no contamos con el paciente pero poseemos sus conductas objetivas, algunas reiteradas e históricamente registradas, por ende, sólo podemos realizar una deconstrucción o expurgación histórica, en vez de terapia.

(10)
“Del liderazgo efectivo al liderazgo transformacional”. BCN, Vol. 113, Nro. 777, enero a marzo de 1995. Véase nuestro libro Conducir. Bs. As., Inst. Publicaciones Navales, 1999. Consumado el robo de la escuadra se les preguntó a las tripulaciones dónde querían ser llevados, contestaron “donde estuviera su jefe”. Tal el ascendiente que poseía.

(11)
Ya Séneca en uno de sus primeros trabajos, De Ira había asociado la gastritis y los trastornos hepáticos al carácter colérico y Pinel la incluyó entre las neurosis digestivas. Tal vez Ramos Mejía tendría que haber sabido esto último. Bathurst, con quien congeniaba, padeció lo mismo que el Almirante.

(12)
La neurosis de los hombres célebres. Hay varias ediciones. Ramos Mejía intentó corregir esta obra pero no lo concretó.

“...las cosas cuanto más pronto se acometen más pronto quedan terminadas”.

27 de mayo de 1814.

Carta a Larrea

“¡Marinos de la República! : ¿Veis esa enorme montaña flotante? Son 31 buques enemigos. Mas no creáis que vuestro General abriga el menor recelo, pues no duda de vuestro valor y espera que imitaréis a la 25 de Mayo, que será echada a pique antes que rendida. ¡Comaradas!: Confianza en la victoria, disciplina y tres ¡Viva la Patria!”.

Los Pozos, 11 de junio de 1826

(13)
Corresponde a este tipo cierta tendencia ciclotímica, momentos de entusiasmo seguidos de otros tantos de depresión, lo curioso es que esto último sería un rasgo común a la gente de mar: cuando están embarcados añoran la tierra y cuando están en puerto, sienten nostalgia del mar y de la camaradería de a bordo. Hablamos de “estilo paranoide” y no de “paranoia”, en este caso habría quedado incapacitado para conducir la escuadra. Véase D. Shapiro. Los estilos neuróticos. Bs. As., Psique, 1971 y más adelante la nota (18).

(14)
Comaradas de otras guerras se le oponían: Seguí, Fourmartín (Bibois), Somellera, Manson, Shannon, Sinclair, etc. Este último se escapó con V. Alsina y su familia, a quien tenía prisionero y con orden de fusilar. Tal vez Brown tendría presente a Laprida, Quiroga y muchos otros que habían muerto trágicamente. Bathurst falleció en prisión en 1844. Sus tripulantes eran extranjeros pero en su mayoría prisioneros, fruto de la leva. Ya en una de sus primeras cartas manifestó su temor de que éstos conspiraran para pasarse al enemigo (23 de abril de 1841, según Caillet-Bois)

(15)
Paz sostiene que el Almirante se cuidaba también de Rosas y no es de dudar pues éste no confiaba en nadie. Brown había ejercido el gobierno provisional de Bs. As. mientras Lavalle perseguía a Dorrego, era la única persona que despertaba la confianza popular. Creó una cátedra de física y matemática, autorizó la incorporación al ejército, como Oficiales, de quienes hubieran aprobado algunos años en la universidad, etc. Renunció tras el drama de Navarro que procuró evitar.

(16)
También Alsogaray, Bathurst, Maurice, Boneo y J. P. Seguy padecieron el desaliento y el agotamiento de guerra. Otros tomaban en exceso. Los cirujanos cobraban cuatro veces el sueldo de un capitán pues no se los conseguía enrolar. A veces el mismo Brown actuaba como médico. Sobre el tema: Puglisi, A. A.: “Neurosis de guerra” En BCN, Nros. 754, 1988 y 798, 1999.

Para comenzar, precisemos su edad en cada conflicto: 37 años en la Guerra de la Independencia, con 25 de experiencia; es algo joven pero propio de una época heroica como aquella. Al comenzar las hostilidades contra el Imperio posee ya 49, más cercana con el grado y funciones de la Armada de

hoy. Al designársele Jefe de la flota rosista, 63 años, tal vez algo mayor. Es en esta época en que se manifiestan más notorios los síntomas de la neurosis.

Tal como lo hemos presentado en su normalidad, el Almirante era más bien un pasional colérico, ávido por la acción y la obra por encarar. Tenía una idea sobrevalorada: la causa americana, su ideas republicanas, su peculiar adhesión a la independencia argentina y su visión de los problemas estratégicos del Plata. A eso se le agrega una atención vigilante, quisquilloso, en guardia, suspicaz. Todo constituye un cuadro paranoide y éste estalla —alcanza la patología— en los momentos de mayor estrés. La depresión y las ideas de persecución le son afines (13).

Observemos la situación que le acompañó como Jefe de la Escuadra de la Confederación. Fue sin dudas una guerra civil con participación extranjera, que dividió a la sociedad del Plata. El Almirante izó la bandera argentina y saludó la uruguaya para resaltar que no luchaba contra el pueblo sino contra su gobierno. Su adversario era Coe, casado con la única hija del general Balcarce y con finca en Entre Ríos; su compadre Álvarez Thomas vivía exiliado en su propia estancia de Colonia que él le había cedido en gesto encomiable y sus hijos Guillermo y Martina estaban radicados en Montevideo. Viejos camaradas de otras guerras se le oponían (14). Se hallaba rodeado de adictos a Rosas quien se comunicaba con él a través de un intermediario: Álvaro de Alsogaray. Ya no estaban a su lado Espora y Rosales, ambos perseguidos y fallecidos aún jóvenes. Muchos de sus capitanes adscribían a la causa rosista pero no estaban a la altura de sus exigencias, colaboraban de mala gana. En algunos combates lo abandonaron. Si tras Juncal lo habían querido asesinar, por lo que gozó de custodia oficial en tierra; si lo habían querido sobornar con dinero y cargos, ¿por qué no iba a creer que intentarían envenenarlo como a Bouchard o como sucedió con el malogrado Moreno? ¿No se toman hoy medidas de seguridad mucho mayores para cargos de igual jerarquía? (15).

Veamos un poco el tema del estrés. El Almirante tenía 63 años al hacerse cargo de la escuadra de Buenos Aires, aun así pasó un año y diez días embarcado y sin bajar a tierra (zarpó el 19 de junio de 1843 y arribó el 29 del año siguiente). Invito a intentarlo a los Oficiales de hoy. Ya había manifestado su manía persecutoria, ahora retornan sus problemas estomacales. ¿Cuál podría ser su origen si su mismo mayordomo señala su absoluta frugalidad? Y el origen no es otro que el estrés (agotamiento de combate) por las condiciones que debe afrontar (16). Sitia a Montevideo y, a la vez, es sitiado por una flota de ingleses, franceses, sardos y americanos. Ha estado preso de franceses, ingleses y criollos, entonces sus secuelas —propias de cualquier estrés postraumático—, reciclan. Se ve de nuevo prisionero y empeora. Pide que se levante el sitio por ser inoperante, pero la orden tarda en llegar. Ya no sabe cómo motivar al personal - no les quiere mentir - pues no libran una guerra propia, y finalmente se va quedando sin víveres y agua. Es entonces que se produce el vaciamiento de la tripulación extranjera de su escuadra y su posterior confiscación. En ese momento lo visita su compadre Ignacio Álvarez Thomas produciendo esta observación, sacada de su contexto por sus detractores: “lo visité en la rada antes de su partida, convenciéndome del estado de desorganización mental en que se hallaba...”. El robo de la escuadra se había consumado, ¿cómo pretendía encontrar a Brown? ¡Había cumplido su deber hasta los límites de la locura!

Abordemos ahora su tentativa de suicidio, tan publicitada por Posadas con quien había mantenido serias diferencias económicas Existió un hecho del que el Almirante se arrepiente en su Memorial, sin embargo él mismo no lo presenta como tal: “A mediados de septiembre — de 1819— enfermé de tifoidea. Privado de mi razón el día 23 me arrojé desde la azotea de la

casa de tres pisos del señor Reed... y cometiendo actos que el Todopoderoso me ha de perdonar". El mismo Brown vincula la fiebre tifoidea con su enajenación, un análisis sintáctico señala que el punto seguido obra como conjunción que asocia ambas oraciones. Ahora bien, ¿cuáles son esos "otros actos"? En todo caso, conociéndolo impaciente e incapaz de estar sin acción, ¿por qué no arriesgar la hipótesis de un fracasado intento de fuga seguida de otros actos —ahora sí— autopunitivos resultantes de tal frustración? El mismo Brown sostiene después de que el proceso militar se le había iniciado por su partida hacia el corso y el juicio posterior en Inglaterra, fueron sus causales.

"...esta bandera no vendrá abajo sino cuando caiga el mástil o se sumerja la nave que la tremole..."

Julio de 1826,
al agradecer la bandera donada tras Los Pozos

La voluntad de magnificar los aspectos negativos de la personalidad del Almirante se observa mucho más nítida en los asertos de López sobre su vida en una mansión triste y lóbrega, una especie de "castillo solitario batido por el ruido melancólico de las olas", cosa que nunca existió. Lo ha presentado además como un huérfano, abandonado en Filadelfia, lo que echa un manto oscuro sobre sus orígenes, y hasta como semianalfabeto, lo que se refuta con sólo ver su letra y sus gustos culturales. La Memoria de su camarero respalda ciertas aseveraciones de López pero en otros casos enaltece la figura del Almirante al presentarlo austero, frugal, sobrio, madrugador, de vestimenta sencilla pero de gala en el combate, religioso ferviente, de trato afable aunque en casos imperioso, enérgico y terminante, "jamás ejerció actos de tiranía, aun con sus enemigos" (17).

(17)

La memoria de su camarero figura en el anexo de la obra de Ramos Mejía. Parece dictada y rehecha por otra persona.

Ninguno de los episodios neuróticos se aprecia en su vejez, ésta es apacible, memoriosa, de juicio ecuánime.

He aquí una anécdota de su retiro. J. Grenfell, su adversario de la guerra contra el Imperio lo visitó en Casa Amarilla y al quejarse de lo ingrato que eran las jóvenes repúblicas con sus buenos servidores, Brown le respondió: "Señor Grenfell no me pesa haber sido útil a la patria de mis hijos: considero superfluos los honores y las riquezas cuando bastan seis pies de tierra para descansar de tantas fatigas y dolores". Toda una lección.

En síntesis, me inclino por reconocer cierta base paranoide, algo normal y propia de la gente de armas y del mar, seguida de agotamiento en combate y, en especial, de un estrés posttraumático, secuela de sus prisiones. Una reacción normal en una época anormal, una época de guerra. Llama la atención lo intermitente de su dolencia, al poco tiempo se rehace y en combate muestra sus rasgos de siempre: rápida concepción, habilidad en la maniobra y valor personal (18). Y esta recuperación es, al fin de cuentas, otro rasgo notable no siempre valorado al analizar su figura, fruto de su carácter y de su moral, que se imponen al temperamento. Por otra parte nunca perdió el sentido ético que caracterizó su estilo de conducción naval, su señorío y esto fue más que reconocido por sus adversarios.

(18)

A. Chaneton observó con certeza que son notas contrarias al carácter tímido y pusilánime de quien se siente perseguido. El general J. M. Paz sostuvo en sus Memorias que Brown "discurría siempre con acierto y no se le podían negar sus aptitudes para dirigir una división naval en las aguas del Plata".

Conviene bucear más a fondo en su persona.

El alma de Brown

Producida su muerte en 1857, el padre A. Fahy, capellán de la colectividad irlandesa, amigo y confesor de Brown, escribió al general B. Mitre, Ministro de Guerra y Marina:

"Él fue, señor ministro un cristiano cuya fe no pudo conmover la impiedad; un patriota cuya integridad, la corrupción no pudo comprar, y un héroe a quien el peligro no logró arredrar".

"Compatriotas: vuestra estimación es el más dulce premio a que podría yo aspirar. Mi vida es vuestra y rendirla por la gloria del país es mi mayor deber".

1827. Tras Monte Santiago

¿Cuáles fueron los hechos que llevaron a Fahy a emitir este juicio?

Jamás rehuyó el combate, se expuso en él siendo herido en dos ocasiones, peleó muchas veces solo, atacó siempre. En "El combate perpetuo" lo caracterizó el escritor Marcos Aguinis.

“... Ud debiera saber mi modo de proceder con las tripulaciones. La crueldad o la arbitrariedad con ellas nunca serán dignas de un Oficial con Comando, así en tierra como a bordo...”.

Enero de 1843, carta a A. Alsogaray

Dos o tres veces intentaron inútilmente sobornarlo. Álvarez Thomas se lo sugirió a los proscritos no bien iniciadas las hostilidades en 1841. Más tarde, mientras sitiaba Montevideo, lo visitaron a bordo para ofrecerle dinero y conservar el cargo de Comandante de la Escuadra. Brown rechazó todo esto recordando que izaba la bandera argentina - no otra - y que había jurado defenderla de las extranjeras (19).

(19)

Arguindeguy ofrece una detallada descripción de los hechos. Según Cailliet-Bois también intentaron sobornar a J. King con 3000 patacones. Al Almirante le habían ofrecido 300 mil, si se calcula que su mejor barco, el Oscar -ex buque escuela sueco- fue comprado en 45 mil, la cifra era importante.

Otro episodio ocurrió en 1844. El Almirante ya ha intercambiado dura correspondencia con Alsogaray reclamándole por el mal trato que se le ha dado a los prisioneros. Al cabo de un tiempo éste, tal vez queriendo congraciarse, y sabedor de la pobreza con que vivía a bordo, le envió un hule y seis tazas de té a través de su propia hija. El Almirante rechazó el obsequio sosteniendo que “de necesitarlo lo hubiera mandado a comprar a tierra” y luego “por cuanto no deseo recibir obsequios de niñas, pues es enteramente incorrecto enviarlos por su intermedio”. La corrupción comienza por lo bajo, aceptando pequeñas dádivas; el Almirante, que ya había rechazado otros sobornos se mantiene firme en sus principios.

Ambos episodios merecen resaltarse hoy cuando la corrupción se ha generalizado tanto.

Resta recordar que, inspirado en la doctrina católica que profesaba, dominó sus arrebatos coléricos e impuso un estilo de conducción humanitario que condenó todo exceso sanguinario con subalternos y vencidos, cuidó de heridos y prisioneros (20). En tierra, en nombre de la Confederación, Oribe degollaba.

(20)

Después de Montevideo dio al mariscal Vigodet 30 onzas de oro de su peculio, pues había quedado en la indigencia. Exaltó a jefes enemigos que habían peleado con bravura: Senna Pereyra, Broon, Beazley y Garibaldi; cuidó de la asistencia médica de prisioneros y heridos de Costa Brava; socorrió a las viudas de antiguos combatientes y defendió a quienes eran acreedores del estado por sus servicios. En la Edad Media le hubieran iniciado un proceso de canonización, como modelo de caballero cristiano.

En la citada carta a Alsogaray, el Almirante resumió su estilo de conducción:

“... Ud debiera saber mi modo de proceder con las tripulaciones. La crueldad o la arbitrariedad con ellas nunca serán dignas de un Oficial con Comando, así en tierra como a bordo...”.

Nadie mejor que Dalmacio Vélez Sársfield para sintetizar su inquebrantable línea de conducta, en el Nacional escribió:

“El Almirante Brown pertenece a una escuela militar que se impone como un deber no discutir los gobiernos, sino obedecerlos dentro de los límites del honor militar y la dignidad del hombre. Rosas no pudo degradar al Almirante Brown; no pudo obligarlo a degollar prisioneros no pudo impedir que tributase a las desgracias de la guerra todas las consideraciones de la hidalguía; no pudo prohibirle que rindiese homenaje al mérito de los enemigos del tirano y rindiese honores fúnebres en sus buques al general Manuel Rodríguez, muerto en el destierro como salvaje unitario; no pudo hacer del Almirante Brown otra cosa que el honrado y caballeroso veterano de las guerras de la Independencia; pero pudo atormentarlo con la imposición de un servicio que, según las palabras del propio Almirante, ninguna gloria había para la Patria, ninguna para su nombre. A los 70 años de vida, en medio de tan brillantes hazañas por la Patria, Rosas le imponía un servicio impropio de sus años”.

Con tanta independencia de criterio, tantas virtudes y tanta firmeza, Brown fue siempre una figura respetada y venerada en Buenos Aires y aun en el extranjero (21).

Por todo esto Brown es actual, un héroe y ejemplo para ofrecer a los jóvenes de hoy. Éste es el hombre, ésta es su alma.

En épocas de crisis de dirigencia encontramos en él a un modelo de liderazgo y conducta, ajeno a toda bandería política y al sólo servicio de la Patria. **BON**

“...la sangre y la vida del que suscribe son del Estado. Si en otra ocasión las reclamase éste, con el mayor alborozo se apresuraría a volver al seno de tan dignos compañeros y honrarse de muchos de sus valientes compatriotas. Mas entretanto desea contemplar en la vida privada las glorias de la Patria y educar sus hijos de manera que penetrados de la dignidad del país y de la bondades de su gobierno, puedan algún día ser útiles y llenar los votos de su padre”.

22 de octubre de 1828, tras solicitar su retiro